





Editorial

En la cuarta y última entrega de la serie *Jalisco en la Guerra de Reforma* llegamos por fin al desenlace de este épico episodio, en la historia de nuestro estado, marcado por el triunfo final de las armas liberales en su lucha contra las fuerzas reaccionarias. El presidente conservador y jefe supremo del ejército regenerador, Miguel Miramón, hace un último esfuerzo desesperado por tomar el baluarte de San Juan de Ulúa, sede del gobierno liberal, compra barcos para atacarlo por mar, levanta un poderoso ejército. Más al final fracasa. Aquí comienza la debacle de la huestes conservadoras; son derrotadas en todos los frentes pierden estados como Oaxaca y Aguascalientes.

En Jalisco Adrián Woll, gobernador y jefe militar de Jalisco, con muy escasos hombres y recursos logra resistir un ataque liberal. Su sucesor no tendrá tanta suerte Severo Castillo con apenas 7 mil hombre enfrenta a un ejército de 20 mil comandado por Ignacio Zaragoza y Jesús González ortega. El gobernador conservador esperaba el auxilio de Marqués, Mejía y Vélez; generales reaccionarios que salían de la Ciudad de México; fueron interceptados por los liberales y terminaron huyendo. Guadalajara quedó a merced de las tropas constitucionalistas; Remigio Tovar y Severo Castillo resistieron hasta final; pero finalmente tuvieron que rendir la plaza.

Este fue sin duda uno de los capítulos en las historia de México y de Jalisco más trascendentes pues culminó con el triunfo de los hombres de la Reforma; aquellos que creyeron en un México laico y moderno. Sin embargo, muy pronto estos políticos y generales liberales enfrentarán en los campos batalla un enemigo mayor proveniente de otras tierras: los invasores franceses que venían a imponernos el gobierno de un príncipe extranjero.

Espero de mi parte que estas cuatro revistas hayan sido de su interés y agrado. La siguiente serie tratará precisamente de la Intervención francesa en Jalisco, dándole continuidad a la anterior. Les informo que las cuatro revistas fueron compiladas en un solo libro que se puede adquirir en el Archivo Histórico de Jalisco.

Atte. Lic. Luis Eduardo Romero Gómez
Director del Archivo Histórico de Jalisco

Índice

Editorial	2
Línea de tiempo	4
La Guerra de Reforma 4	6
Batalla de Estancia de Vacas	6
Aprensión de Márquez	8
Defección de Rocha y derrota de Ogazón	9
Fallidos intentos de Woll por vencer a los liberales del sur	10
El segundo ataque a Veracruz	12
Los ingleses ocupan el puerto de San Blas	15
Adrián Woll defiende exitosamente la ciudad de Guadalajara de un nuevo ataque liberal	17
Captura del Obispo Pedro Espinoza	20
El triunfo liberal de Silao	22
Destitución de Degollado	23
El segundo sitio de Guadalajara	24
Bibliografía	28
Directorio	29

Línea de tiempo



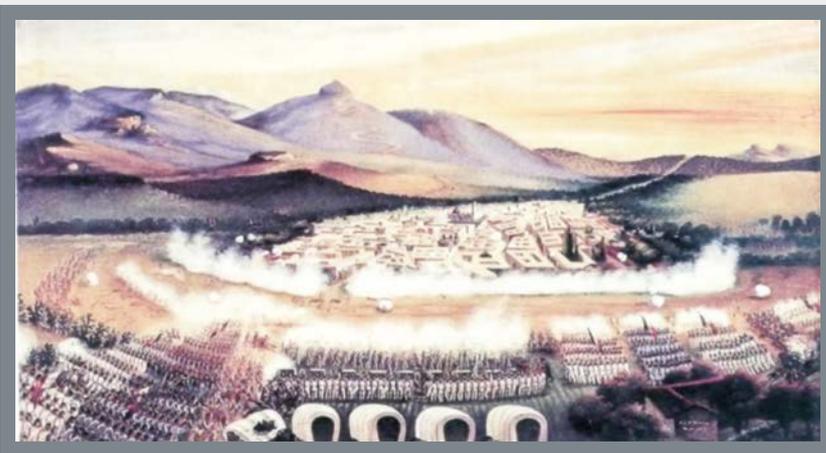
1859

13 de noviembre de 1859: Batalla de Estancia de Vacas



1860

23 de mayo de 1860: Llega Uruga a la garita de San Pedro e inicia el asedio a Guadalajara



1860

10 de agosto de 1860: Miramón es derrotado por liberales en Silao



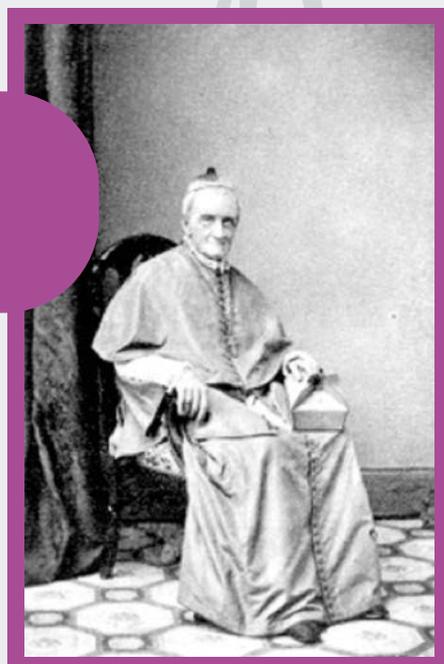
1860

15 de marzo de 1860:
Segundo ataque a
Veracruz



1860

28 de junio de 1860: Es
capturado por los
liberales el Obispo de
Guadalajara Pedro
Espinosa



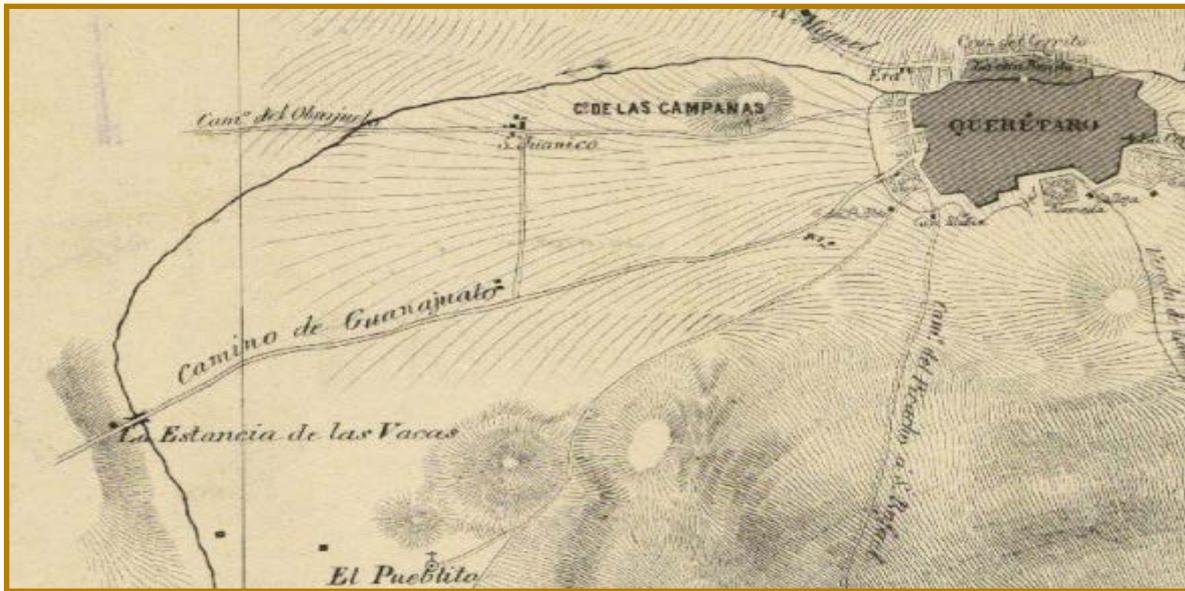
1860

3 de noviembre de 1860: Los
liberales toman Guadalajara



La Guerra de Reforma 4

Por Fabián Acosta Rico

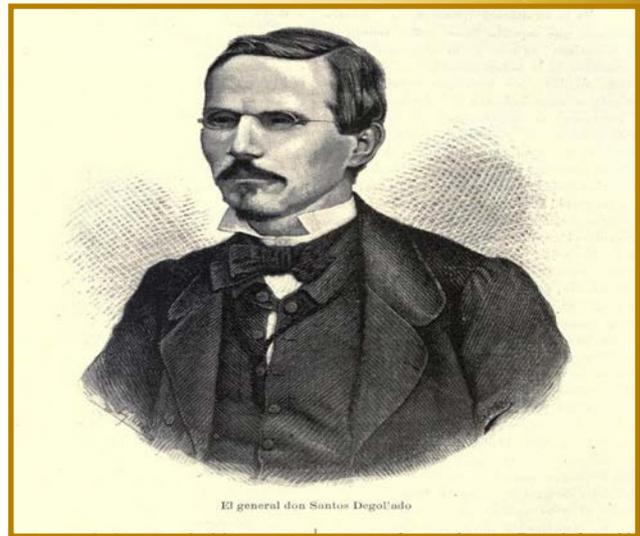


Batalla de Estancia de Vacas

El alto mando constitucionalista logró levantar un nuevo ejército. Por muchas batallas que perdieran los liberales lograban reponerse y reclutar nuevas tropas para seguir en pie de guerra; a un enemigo así no se le podía dar la estocada final. Para finales de 1859, los constitucionalistas se aventuraban por el Bajío, por tierras conservadoras, con un ejército de 6 mil hombres y una nutrida artillería de 29 cañones; mandaba aquel ejército el general Degollado. Sorprendido por aquella incursión, Miramón tomó providencias y le ordenó al general Francisco Vélez replegarse de Guanajuato a Querétaro, donde sumó sus fuerzas con las del general Tomás Mejía; entre ambos contabilizaron tres mil soldados y 19 cañones. Para reforzar este contingente, le ordenó Miramón al general Woll salir de Zacatecas y marchar con toda celeridad para Querétaro; a Márquez le solicitó el envío de una brigada al Bajío; y él mismo tomó la diligencia, junto con su estado mayor, y partió de la Ciudad de México para ponerse al frente de estos ejércitos. (Cambre, 1949, pág. 283).

Siendo Degollado un hombre de entendimiento y de trato cordial, pretendió ganar con razones y acuerdos una batalla que al final perdería (como muchas otras): le solicitó a Miramón una entrevista con la intención de persuadirlo de someterse a los poderes constitucionalistas. Pero fue aquella una pérdida de tiempo que el estratega conservador supo capitalizar y darle tiempo a Woll de llegar; quien no le respondió fue Márquez pero ya tendría ocasión el Joven Macabeo de cobrarle su desacato. Como lo refiere el historiador José Fuentes Mares, citando la correspondencia entre Miramón y su esposa Concepción Lombardo: sin ninguna diplomacia, el general conservador le promedió a Degollado derrotarlo ese mismo día. (Fuentes Mares, 1978, pág. 70)

Tenía Miramón la bravura y el genio militar para sostener esa promesa, lo que le faltaban eran los números: su enemigo le aventajaba en soldados y en artillería, mas no sería la primera vez que luchaba así. El 13 de noviembre, en Estancia de Vacas, enfrentó a la tropa liberal capitaneada por Degollado; la cual, en un primer movimiento, dobló las alas izquierda y derecha de su ejército; su centro se mantuvo firme gracias al apoyo de la artillería de Oronoz. Esta obstinada resistencia les costó muchas bajas a los liberales; y al final la disciplina del Ejército regenerador se impuso, y de estar casi derrotado alcanzó para medio día la victoria. Los liberales se replegaron vencidos, reportando 270 muertos y un



General Santos Degollado

número similar de heridos; además habían perdido trenes y armamento. (Islas García, 1989, pág. 149) Refiere Pérez Verdía que la derrota de Degollado fue ocasionada por la cobardía del General Doblado: “que con más 2 mil hombres de la reserva, huyó sin disparar un tiro al principio de la batalla” (Pérez Verdía, 1952, pág. 93).

Tras su victoria, Miramón enfiló para Guadalajara: entró en la ciudad el día 19 de noviembre, a las dos de la tarde, en medio de salvas y repiques. El día 20, en el Palacio Episcopal, habilitado como despacho de gobierno, fue homenajeado por los soldados y la población en general (Islas García, 1989, pág. 149). Miramón estaba en la ciudad para saldar cuentas con Márquez, cuyo auxilio en la batalla ganada jamás recibió, y tenía el pretexto perfecto para cortarle las alas y las ínfulas al vencedor de Tacubuya.

Aprensión de Márquez

El mismo día de su llegada, impulsivo como sabía serlo, Miramón manda llamar destempladamente a Márquez; quien desde hacía tres días andaba en campaña por Tepic. De regreso, llegando a Plan de Barranca sabe del decreto, con fecha del 21, a través del cual el Joven Macabeo ordenaba la devolución de los 600 mil pesos que había sustraído de la conducta inglesa. Para remarcar su enojo y regaño, señalaba el General que: “cualesquiera que sean las circunstancias en que el S. Gobernador se encuentre y por grandes que sean sus escaseces, no está autorizado para disponer de los caudales cuya custodia se le confía” (Pérez Verdía, 1952, pág. 94).

Enterado de la noticia, Márquez se disciplinó como buen militar y renunció, sin objetar, a sus cargos de gobernador y de comandante; luego se presentaría ante Miramón con quien tuvo una larga y atemperada plática. Pérez Verdía refiere que el Presidente actuó con apego a la legalidad; Márquez no tenía ningún derecho, ni justificación, para apropiarse de un dinero que estaba bajo su custodia; pero la razón oculta de su reprimenda y castigo eran los celos que sentía Miramón de la buena estrella y fama del Tigre de Tacubaya. Al saberse que era retirado de su cargo de gobernador, muchos notables tapatíos y ciudadanos en general salieron en su defensa y rogaron, mediante memoriales, porque no fuera destituido. Acción que terminó por convencer al Joven Macabeo acerca del prestigio del que gozaba su rival,



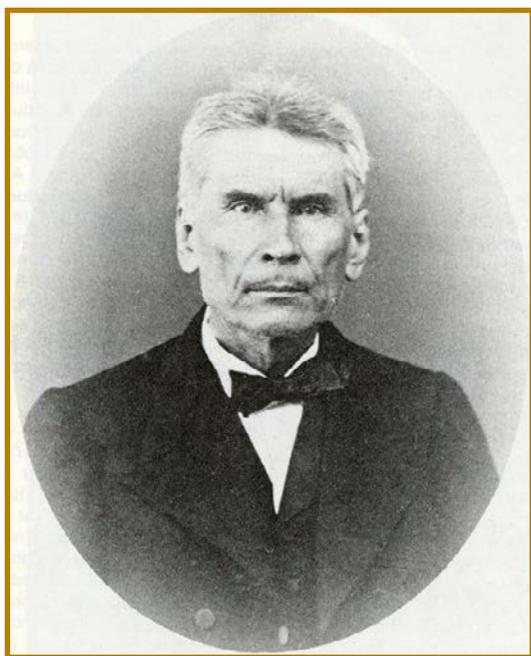
General Leonardo Márquez

sobre todo entre el partido clerical radical; del que, por cierto, no podía valerse dadas sus inclinaciones por una política más moderada (Pérez Verdía, 1952, pág. 95).

En sustitución de Márquez quedó el veterano general Woll, quien se trasladó desde Zacatecas para tomar posesión del cargo el 15 de diciembre. Igual que sus antecesores y compañeros de armas, este general defenderá heroicamente la ciudad de los embates liberales. Miramón, por su parte, dejó la ciudad unos días antes, el 8 de ese mes, aguardando el resultado de las negociaciones con Juan N. Rocha, importante jefe liberal que estaba dispuesto a pasarse al bando conservador. (Pérez Verdía, 1952, pág. 95).

Defección de Rocha y derrota de Ogazón

No sólo al interior de las filas conservadoras reinaban las discrepancias; ya en su momento el general liberal Santiago Vidaurri, cacique y caudillo de Nuevo León, había propuesto, en plena guerra, separar a los estados del norte de la Federación hasta que reaccionarios y jacobinos arreglaran sus divergencias. La intención de Vidaurri de abandonar el bando liberal le costó caro y terminó siendo perseguido por sus antes correligionarios. Quien también estaba considerando en defeccionar era Rocha, un elemento valioso para la causa juarista: militar preparado e influyente tenía a sus órdenes al mejor cuerpo, integrado éste por mil 200 soldados.



General Santiago Vidaurri

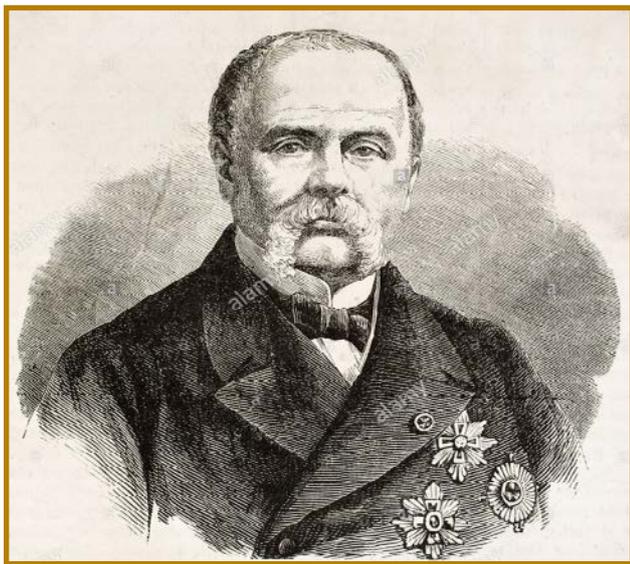
Contando con la complicidad pagada de Rocha, salió Miramón de Guadalajara, el 15 de diciembre y arribó a Zapotlán. Su adversario, el general Ogazón, lo esperaba bien parapetado en las barrancas de Atenquique y Beltran; al presidente y general, le sobraba el sentido común y la experiencia para no internarse en aquellos terrenos, así que decidió mejor desplegar sus tropas por los pasos del Río Tuxpan, de la Higuera, Dolores y Novillos.

Colaborando con el enemigo, Rocha debilitó a exprofeso esa larga línea de más de 30 kilómetros, lo que le permitió a Miramón, el día 18, expulsar a Pueblita del Cerro del Perico. Los tres días siguientes buscó otro punto para cruzar el río, y lo encontró en Taxinastla situado un poco más al sur de Novillos: sitio donde se encontraría con Rojas. Tras cruzar, viró hacia Colima, plaza que tomó sin que se diera por enterado Ogazón. El 23 abandonó la plaza el Joven Macabeo con un fuerza de 2 mil 500 soldados; los constitucionalistas, por su parte, con sus 4 mil 500 soldados y doce piezas de montaña, tomaron posiciones en la Barraca del Muerto, colindante por el sur con el Estado de Jalisco.

Después de algunos avistamientos y reconocimientos previos a la batalla, comenzó el combate; como ya se mencionó, con la secreta colaboración de Rocha, Miramón derrotó con una carga de caballería a los ejércitos de Ogazón; quien, pese a todo, pudo escapar sin problemas. Habían acordado los generales y oficiales liberales que de ser derrotados se reunirían en Tecalitlán; y hacia dicho poblado marchó

Ogazón en compañía de sus secretarios Vallarta, de Meza, Gutiérrez García, Reyes y otros jefes constitucionalistas. Los liberales lograron reagruparse nuevamente y los conservadores volvieron a replegarse a Guadalajara. Nada había cambiado con esta victoria, pero los habitantes de la capital tapatía no desaprovecharon la ocasión para festejar al caudillo conservador: el día 29 lo recibieron con aclamaciones y agasajos, y le celebraron una misa de *Te Deum* en catedral. Como a Márquez, el clero también le rindió honores reales; el 2 de enero de 1860 marchó para la ciudad de México.

Fallidos intentos de Woll por vencer a los liberales del sur



Adrián Woll

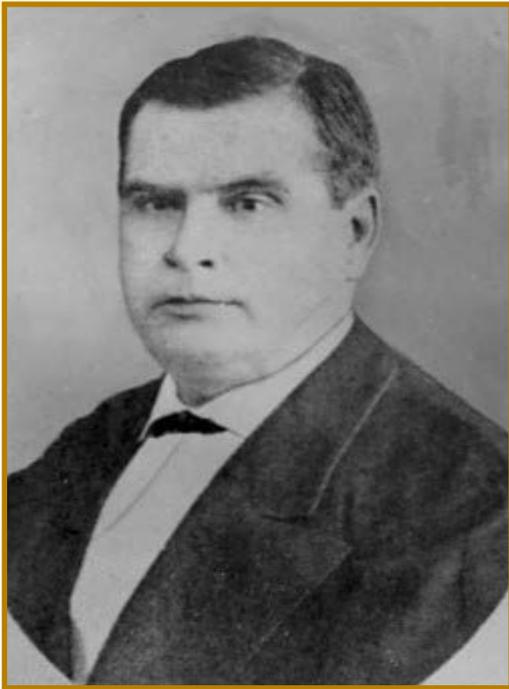
Jalisco seguiría siendo uno de los principales teatro de futuros combates; ambos bandos contaban con un considerable número de efectivos listos para lanzarse a la ofensiva:

En Guadalajara, mandaba Woll; Pedro Valdés, con 700 soldados estaba apostado en Zapotlán; Sayula estaba bajo la égida del Coronel D. A. Montenegro, con 300 hombres; y cubriendo la línea sur, en Sta. Ana Acatlán, estaba el Teniente Coronel D. J. M. Reyes. En Colima, el dominio reaccionario estaba asegurado con Calatayud (Pérez Verdía, 1952, pág. 103).

Los liberales, por su parte, reagrupan sus fuerzas y afilaban bayonetas; su general en jefe Ogazón tenía planes de recuperar el sur del estado, junto con Colima y el puerto de Manzanillo. En estas regiones pretendía restablecer su centro de operaciones.

Al desistir Woll de ir hasta Zamora a perseguir los restos de la 1ª. División, Ogazón se volvió a Jalisco y trató de recobrar Zapotlán. El 5 de febrero llegaba con más de mil hombres a los Cerrillos; al mismo tiempo que Valdés, después de fusilar infamemente a D. Eulogio Rico, comerciante acomodado que había hecho algunas denuncias de casas nacionalizadas, salía de Zapotlán con 700 soldados y tres cañones, y se situaba en una emboscada (Pérez Verdía, 1952, pág. 107). Por sendas estrechas, los soldados de Ogazón transitaron y cayeron directo en la trampa; los hombres de Valdés rompieron fuego de cañón.

Esta era la eterna historia: en repetidas ocasiones, vencidos pero jamás derrotados, los valientes liberales sabían recuperarse de estos otros muchos descabros. Vivieron momentos de pánico y lo intrincado del



Pedro Ogazón

camino les impidió dar vuelta a la caballería; privó el desconcierto y, aun así, Ogazón logró huir atropelladamente con 500 de sus soldados, replegándose hasta S. Sebastián. Al día siguiente, partiría a Sayula donde levantó su cuartel general. Sabiendo que había herido a su rival, Woll intentó rematarlo y con premura, en marzo, impuso un préstamo forzoso de cien mil pesos a los tapatíos pudientes para levantar un ejército, que a las órdenes de Valdés, iría en persecución de los liberales. En Cocula les dio alcance: Ogazón pudo evacuar a tiempo la plaza y no paró hasta llegar a Ameca, el día 15 de marzo.

Al día siguiente, le daría de nuevo alcance Valdés y le recibió el aguerrido Contreras Medellín haciendo fuego sobre

su columna. Repelidos los conservadores terminaron siendo ahora los perseguidos, y a punta de bayoneta se arrojaron sobre ellos las huestes constitucionalistas. Galván, con una acertada carga de laceros, dejó totalmente derrotado a Valdés; quien perdió cinco piezas de artillería, todo su parque y dejó en el campo 48 heridos y más de cien muertos (Pérez Verdía, 1952, pág. 110).

En un intento por frenar a los liberales, Woll salió de Guadalajara con mil hombres y seis cañones con rumbo a Zapotlán. Ogazón se le anticipó, ordenándole a Rojas cerrarle el paso y hostilizarlo el tiempo que él demorará en llegar de Ameca, de donde partió el 18. Sabía el general conservador que, de permanecer en la región, corría el riesgo de ser atacado por al menos dos ejércitos liberales; así que decide regresar a Guadalajara e irán en su persecución 800 jinetes de Rojas y Rochín.

Otros ejércitos rondaban la región, Calatayud dejó Zapotlán el día 20 con rumbo a Colima y en su trayecto logró reforzarse hasta sumar mil hombres, más dos piezas de artillería. Al aproximarse los liberales prefirió evacuar el poblado, no teniendo más opción que dirigirse a Tepic; despejado de enemigos, la primera División del Ejército Federal tomó Colima, el 26 de marzo, y a la par logró apoderarse del rico puerto de Manzanillo (Pérez Verdía, 1952, pág. 111).

El segundo ataque a Veracruz

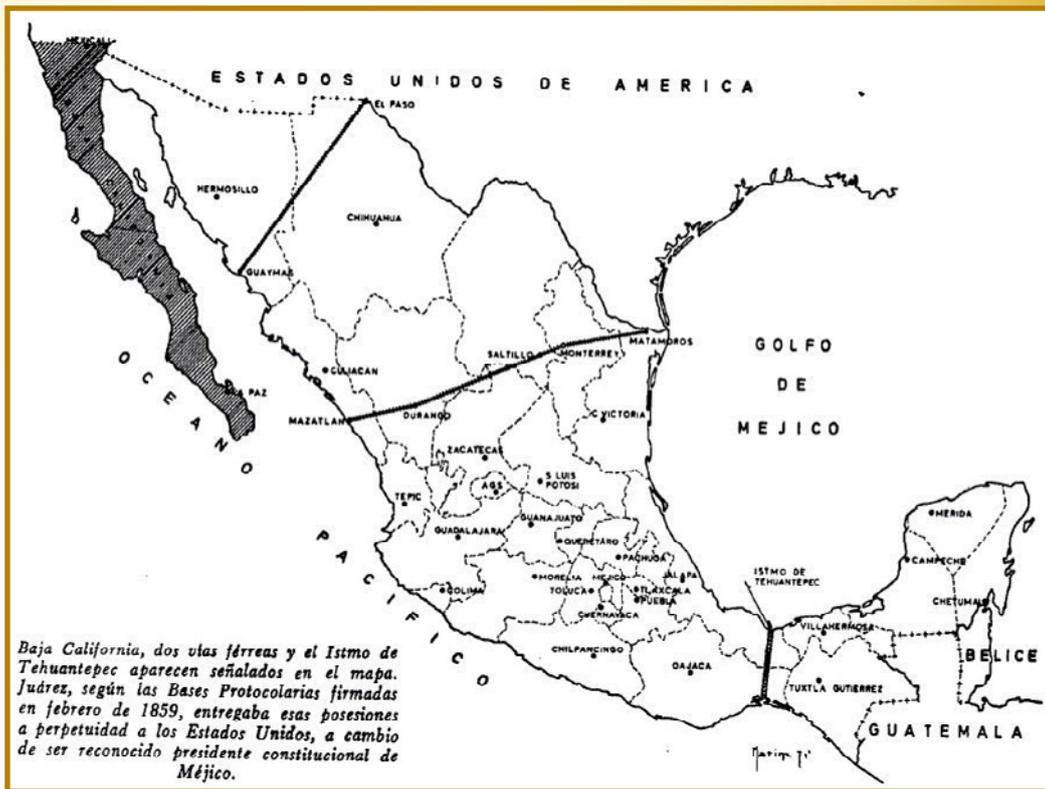


Fuerte de San Juan de Ulúa

En otro frente, Miramón se preparaba de nueva cuenta para atacar Veracruz. Vencer en tierras jarochoas seguía siendo prioritario para la causa conservadora; apresar a Juárez, y a su gobierno, dejaría acéfala a la causa liberal. Estaba vez el Joven Macabeo, aprendiendo de sus errores, preparó mejor su campaña: envió a Tomás Marín fuera del país a comprar dos buques que pudieran atacar por mar el fuerte de San Juan de Ulúa. Morín cumplió su cometido y compró los barcos, y con ellos materiales de guerra. Para este desembolso, el Presidente y general contó con el respaldo económico de la clase pudiente capitalina, que aportó 400 mil pesos más vituallas y forrajes. De fracasar en este nuevo intento, la causa conservadora se vería sumamente

comprometida; así que salió con sus 7 mil soldados, dispuesto a tomar la plaza. (Cambre, La guerra de los tres años , 1949, pág. 336).

Juárez, por su parte, se preparaba a resistir esta nueva embestida de la reacción: hizo cambios en su gabinete y designó a José Gil Parearrollo como Ministro de Guerra; a Santos Degollado le encargó la cartera de relaciones exteriores, el “héroe de las derrotas” venía en camino de Tampico a Veracruz. Mientras tanto, Marín cerraba tratos en la Habana, Cuba; y con ayuda de las autoridades españolas, adquiría los barcos y reclutaba entre hombres de las más distintas nacionalidades, cubanos, españoles y portugueses, las respectivas tripulaciones.

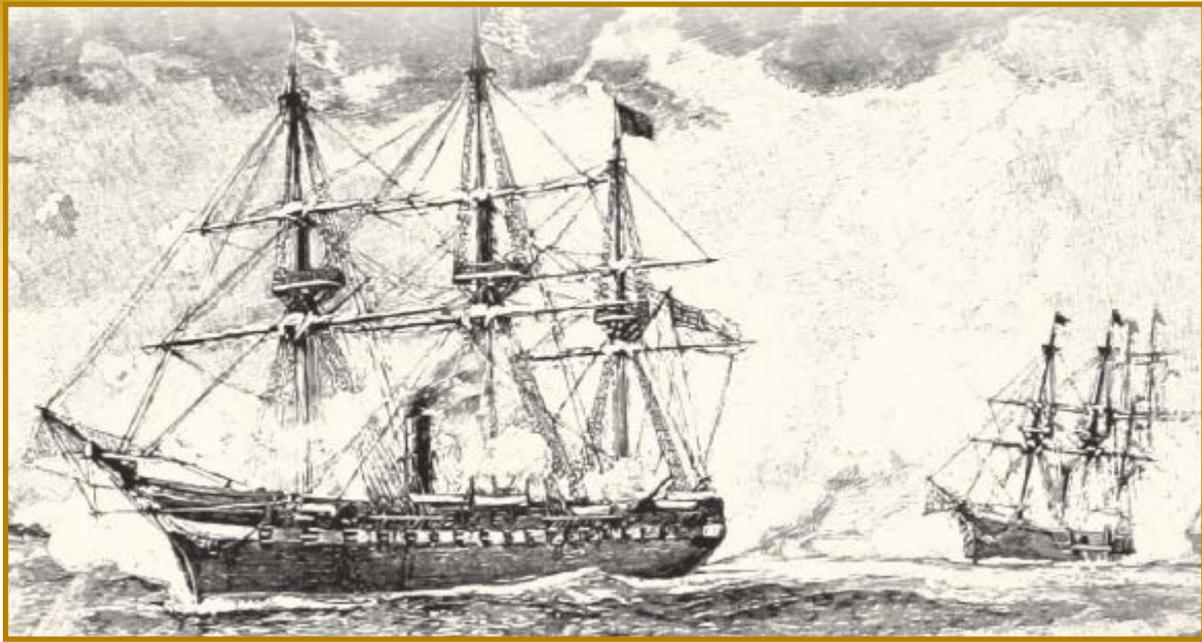


Tratados McLane Ocampo

Enterado de estos movimientos, Juárez declaraba que aquella expedición debía ser catalogada de pirata y así se lo hacía saber a los representantes de la potencias. Esperaba con esta medida que las escuadras inglesas, o estadounidenses, capturaran los barcos al navegar bajo la bandera de la ilegalidad. Como veremos más adelante, su estrategia y acertadas concertaciones diplomáticas resultaron acertadas y eficaces. Juárez ya estaba en tratos con los Estados Unidos y, a cambio de su apoyo, estaba dispuesto su gobierno a otorgarle a la potencia de norte el libre tránsito por las zonas de la frontera norte y por el Istmo de Tehuantepec; a este acuerdo se le conocería como *Tratado MacLane Ocampo*. Estados Unidos, en cumplimiento de dicho acuerdo, movilizó a

dos de sus barcos, el *Indianola* y el *Saratoga*, para ir a la caza de los buques reaccionaros declarados como piratas.

El día 24, Marín tenía planeado zarpar de la Habana en el buque *Correo número 1*, rebautizado como *General Miramón*, el cual venía cargado con mil raciones y pertrechos de guerra; detrás de él marchaba *El Márquez de la Habana* que venía retrasado por falta de maquinista. Para atacar un fuerte como el de San Juan de Ulúa hacía falta más de dos barcos ruinosos y viejos, pero el Joven Macabeo era optimista, o quizá ingenuo. Sus improvisados barcos de guerra navegaron tranquilamente frente al baluarte liberal sin responder a la petición de mostrar bandera. Los buques estadounidenses les hicieron la misma petición y tras hacer caso omiso



Batalla naval

intentaron huir: el *Miramón* izó la bandera española y disparó contra los barcos estadounidenses.

Así se armó la batalla naval: hubo intercambio de fuego de fusil y el *Saratoga* disparó todas sus baterías. Superiores en todo, los buques estadounidenses se impusieron y los barcos reaccionarios terminaron siendo capturados y abordados; en esta refriega marina murieron, por ambos bandos, un total de 40 hombres: “El *Miramón* quedó encallado y el *Wane* se ocupó de sacarlo: Los (barcos) piratas traían a *Miramón* mil 500 bombas de nueve pulgadas, 4 morteros, 7 mil 500 raciones, 3 mil forrajes y 4 mil fusiles” (Cambre, *La guerra de los tres años*, 1949, pág. 347).

Todo este armamento y provisiones le hicieron mucha falta a *Miramón* durante su sitio al puerto. Saboteada su estrategia de atacar por mar, intentó bombardear

por tierra el baluarte liberal. Pero el fuego enemigo le impedía situar correctamente su artillería; necesitaba de una estrategia, o treta, que les dieran respiro a sus artilleros para colocar sus baterías y lo consiguió: ya entrada la noche pide hablar con los jefes liberales y estos acceden. El fuego cesa momentáneamente. En su nota, el caudillo conservador denotaba su buena disposición de ahorrarle a la nación un nuevo derramamiento de sangre y destrucción; apelaba al patriotismo de sus interlocutores e intentó impulsar una negociación que pusiera fin a esta fratricida guerra. (Cambre, *La guerra de los tres años*, 1949, pág. 351) Y daba un plazo perentorio para recibir una respuesta, los liberales tendrían hasta la seis de la mañana para dar una contestación. Si en ese tiempo decidían no responder y permanecer en el fortín, prometía el Joven Macabeo atacar la plaza

con sobrado ímpetu y con la conciencia tranquila.

El gobierno de Juárez accedió a la petición; ambos bandos nombraron representantes para sentarse a dialogar en una casilla de ferrocarril, el 14 de marzo; de parte de la reacción se presentaron en calidad de comisionados Díaz y Robles; lo liberales quedaron representados en las personas de Degollado y de Emparán. A las seis y media de la tarde el acuerdo llegó a manos de Miramón y de Juárez; los liberales aceptaron el armisticio y sólo pusieron como condición que un Congreso, electo según las prescripciones constitucionales, deliberara sobre algunos pendientes. En pocas palabras, aprobaban el proyecto pero con las debidas modificaciones. Casi era obvio que los conservadores no deseaban llegar a ningún acuerdo con su contraparte; sin más explicaciones señalaron que no aceptaban las modificaciones, las negociaciones quedaron disueltas y los comisionados se retiraron a sus respectivos campos. Pronto reiniciarían las hostilidades.

Miramón había conseguido su cometido: sus baterías estaban en posición, abastecidas de municiones, y sólo aguardaba el rompimiento de las negociaciones para iniciar el bombardeo del baluarte liberal. Día 15 de marzo: aún no despuntaba el alba cuando una nutrida andanada de proyectiles, disparada por la artillería reaccionaria, impactaba el recinto que resguardaba al presidente y a su gabinete. Durante seis días rugieron los cañones de Miramón y el bombardeo concluiría el día 20. Muchos fueron los destrozos y las

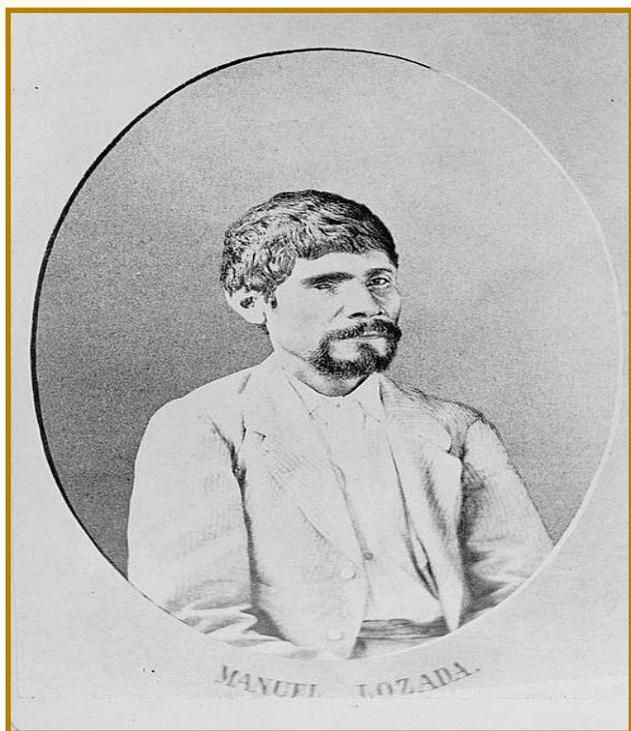
muertes sembrados por aquel frenético ataque; aun así los defensores del orden constitucional pudieron ver desde Ulúa al menguado ejército conservador retirarse dejando detrás a heridos, enfermos de vómito y males palúdicos; cuyo auxilio y hospitalización corrió por cuenta de los propios liberales.

En el ataque a Veracruz, el caudillo reaccionario se había jugado el todo por el todo; y había fracasado: su gobierno se iba quedando sin recursos y en aquella incursión, sólo por deserciones, había perdido a dos mil soldados. Este era el principio del fin para la causa reaccionaria. En los siguientes meses, los ejércitos liberales alcanzarán nuevas victorias para garantizar un triunfo final: falta menos de un año para ponerle punto final a la Guerra de Reforma. De las pocas plazas que mantendrán bajo su control la reacción serán Guadalajara y Tepic, junto con la Ciudad México; como veremos más adelante, en estos puntos concentró la reacción el grueso de sus fuerzas hasta los últimos meses de la confrontación.

Los ingleses ocupan el puerto de San Blas

Mientras la artillería de Miramón dejaba escuchar su estruendo e impactaba las inexpugnables defensas de Ulúa, ese concierto de metralla era del todo consonante con la cólera y la frustración de un general que atestiguaba como su causa sucumbía. Pensar en un tercer ataque a la plaza resultaba menos que imposible. En

Jalisco, el estado o departamento seguía dividido: los liberales mandaban en el sur; en el centro, y sobre todo en la capital, resistían los conservadores; en el resto de la región, los liberales realizaban importantes progresos. Colima seguía dominada por hombres leales a Juárez; quienes también, a las órdenes de Placido Vega, hostigaban a Tepic desde Sinaloa; José López Uruga, por su parte, tenía amagada a la guarnición reaccionaria de San Luis Potosí (Cambre, La guerra de los tres años, 1949, pág. 357).



Manuel Lozada

Como ya lo hemos mencionado, Nayarit y Jalisco tenían una añeja disputa paralela a la Guerra de los tres años. En este conflicto estaban entremezcladas causas agraristas, intereses comerciales extranjeros y una causa separatista. Para

pacificar la región era imperioso acabar con la rebelión de Manuel Lozada, quien de momento y por conveniencia seguía aliado con los conservadores. El General Placido Vega ya avanzaba sobre los dominios de Lozada, pero para enfrentar a un enemigo con tanto respaldo popular eran necesarios la mayor cantidad de hombres disponibles. Así que le hizo llegar, el 15 abril, un mensaje hasta Zapotlán a Ogazón notificándole su intención y solicitándole hombres y recursos: contaba con apenas 2 mil 500 soldados. El general en jefe le respondió que, para el 18 de ese mismo mes, Rojas los alcanzaría en Tepic con una brigada de mil 200 soldados, con tres piezas montaña. Descansando en Agua Blanca, las huestes de Lozada atacaron a Rojas; cuyos hombres reaccionaron con toda entereza y los repelieron exitosamente. Durante este ataque se suscitó un caballeresco suceso: Rojas, al divisar a corta distancia a Lozada, lo retó en duelo y lanza en manos, montando buenos caballos, como si de una justa medieval se tratase, ambos caudillos se trenzaron en un mortal combate. Rojas esquivó la investida de su contrincante, a cuyo caballo logró herir y a él le laceró un glúteo.

Con su jefe herido, los lozadeños huyeron en total desorden Aduana marítima de San Blas dejando indefensa la ciudad de Tepic de donde salieron los parroquianos más comprometidos con la causa conservadora; encabezados por el cónsul inglés Mr. John F. Allsopp, terminaron refugiándose en el puerto de San Blas (Pérez Verdía, 1952, pág. 112).

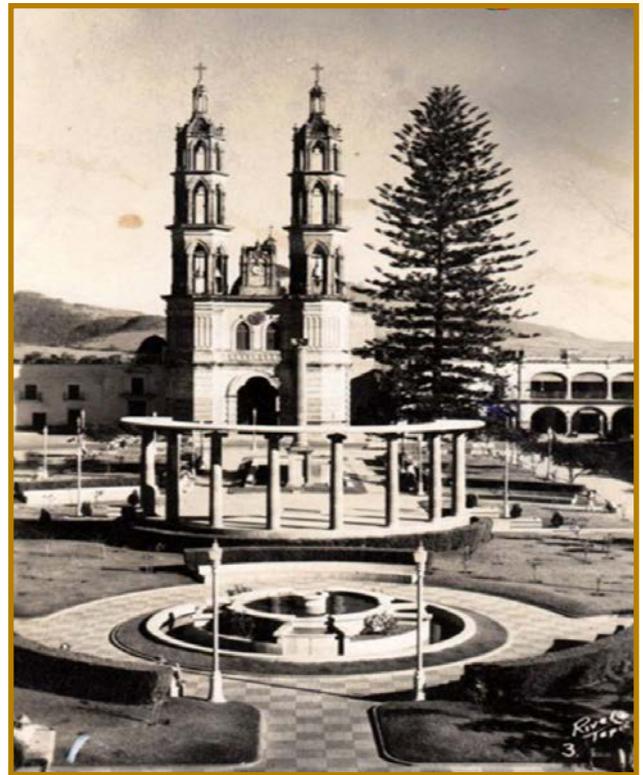


Aduana marítima de San Blas

En San Blas estaban ancladas un par de fragatas inglesas: la *Ametyst* y *Pylade*, a petición del cónsul, su capitán, Sydney Grenfell ocupó el puerto y lo fortificó con sus cañones y marinos. La medida era una franca violación de la soberanía nacional. México no estaba en guerra contra Inglaterra, así que la toma del puerto era totalmente ilegal e, incluso, calificaba como una provocación; y así se lo hizo saber Corona al Capitán, quien le contestó que su intervención obedecía a la necesidad de garantizar la seguridad de la población, amenazada por la proximidad de Rojas. Para el mes de mayo, el Capitán elevó anclas y se marchó.

Adrián Woll defiende exitosamente la ciudad de Guadalajara de un nuevo ataque liberal

El General Calatayud marchó, con dos mil hombres, a reforzar a Lozada en su defensa



Tepic Nayarit

de Tepic. Ya invadían la región los ejércitos de Vega, Márquez de León y Rojas que sólo esperaban en Santiago la llegada de la artillería. Con los refuerzos recibidos, pudo Lozada aventurarse, a través de caminos

accidentados, y atacar por sorpresa al batallón Pueblos Unidos, comandado por el Coronel Villanueva. Villanueva perdería la vida en la refriega y los liberales, al poco tiempo, tomarían revancha: se movilizaron y dieron con Lozada y Calatayud en lomas de Ixcuintla. Tras nutrido ataque los derrotaron y el propio Calatayud perdió la vida, junto con 300 hombres más. Acto seguido, después de recibir la ansiada artillería, en Santiago, pudieron los ejércitos liberales seguir su marcha con rumbo a Guadalajara.

Para atacar la plaza grande fue necesario un amplio movimiento de tropas: desde el sur del estado, Ogazón también marchó al frente de tres mil hombres y con ellos llegó, el 12 de mayo, hasta San Pedro; incorporándosele al poco tiempo la brigada Michoacán. El defensor de la Ciudad, el Gral. Woll, tenía razones de sobra para estar preocupado pues contaba con tan sólo 2 mil 300 soldados; con los que formó una columna que colocó de frente al enemigo, en San Pedro, y así en la expectativa permaneció 10 días sin atreverse a disparar contra las fuerzas de Ogazón. En ascuas e indeciso, Woll recibió del general supremo de la reacción, Miramón, peores noticias: que Uruga también marchaba para hostigarlo y le ordenaba defender la plaza a toda costa; y que él, a dos jornadas de distancia, iría en su auxilio a marchas forzadas. (Pérez Verdía, 1952, pág. 114)

Era de suma urgencia para Miramón ir en auxilio de Jalisco: el “barco” se le hundía. Desde el segundo sitio a Veracruz, los ejércitos reaccionarios sólo cosechaban

derrotas; así que intentando revertir esta mala racha, salía el Joven Macabeo de la ciudad de México al frente de seis mil soldados para intentar contener a los liberales del occidente del país. Tuvo que llevarse de pasajero involuntario al propio Zuloaga, que aprovechando lo comprometida de la situación había expedido un decreto reasumiendo su cargo de Presidente. Miramón, para no darle margen de maniobra, lo apresó y lo llevó consigo; ante esta situación, el cuerpo diplomático acreditado en la Capital declaró que en México no existía un gobierno constituido. En pocas palabras para los embajadores, México estaba sumido en el caos político. El 10 de mayo partía Miramón de regreso a Jalisco a plantarle cara a Ogazón.

Tras salir de Silao, esperaba el general conservador entablar combate con Uruga en Cerro Gordo; pero su adversario tenía otros planes: partió de León el 18 de mayo, pasó por Lagos y enfiló para Guadalajara con la intención de tomarla. Woll había recibido órdenes de contener al enemigo en la garita de San Pedro, pero por cálculos tácticos decidió mejor replegarse a la ciudad y fortificarla. Con una tropa cansada de largas y forzadas jornadas de marcha, llegó Uruga el día 23 a San Pedro: venía desde Piedra Amarilla e instaló su cuartel y a su ejército en el Hospicio. Tras llamar a parlamento, envió el general liberal a su secretario, el coronel Luis Frutos, con un pliego petitorio en el que solicitaba a Woll la rendición de la plaza. El general, como ya sabemos, tenía la orden de resistir hasta el último hombre; así que cumpliendo sus



Garita de San Pedro

órdenes rechazó la petición. La sacrificada Guadalajara sufriría nuevamente las penurias de un asedio (Cambre, La guerra de los tres años , 1949, pág. 369).

Dispuesto en dos columnas de ataque, el ejército de Uruga disponía de una fuerza de 8 mil soldados y 44 cañones. Para el historiador Pérez Verdía fue un error estratégico el haber lanzado el asalto a la ciudad por los lados del Oriente y Norte; cuando el poniente, al carecer de templos que sirvieran de baluartes, se encontraba más desprotegido (Pérez Verdía, 1952, pág. 115). Un cañonazo disparado desde el hospicio anunció el inicio del ataque liberal. Eran las cuatro de la madrugada y un diluvio de artillería cayó sobre la Guadalajara. Las columnas avanzaron sobre las posiciones defendidas por la soldadesca conservadora; dos horas más tarde ya sólo se hacía fuego de posiciones por las calles de Sta. Teresa y del Mercado de Venegas.

Con el general Miguel Contreras Medellín herido en el pecho, avanzaron los

soldados liberales barriendo las trincheras apostadas en las calles Teresa y la Merced; pero los reaccionarios contraatacaron con las reservas capitaneadas por el Coronel Prudencio Romero: quien recobró aquella posición y le hizo al enemigo un total de setenta prisioneros.

Jugando su última carta, armó Uruga una nueva columna que atacaría por la Calle Hospicio que puso a las órdenes de Sinforiano Ávila; dejó aquel movimiento bajo la supervisión de Ignacio Zaragoza y partió con su estado mayor con rumbo a Santa María de Gracia. Allí tomaría el mando de las tropas y las movilizaría hacia la plaza; donde fue herido junto con el oficial de su estado mayor, Coronel Domingo Maxemín. Mientras era trasladado en un coche, desde donde envió la orden a Zaragoza de emprender la retirada, el afamado batallón Blancarte lo tomó prisionero (Cambre, La guerra de los tres años , 1949, pág. 372).

Zaragoza dio cumplimiento a la orden; reunió a la tropa por el paseo y, a fuego

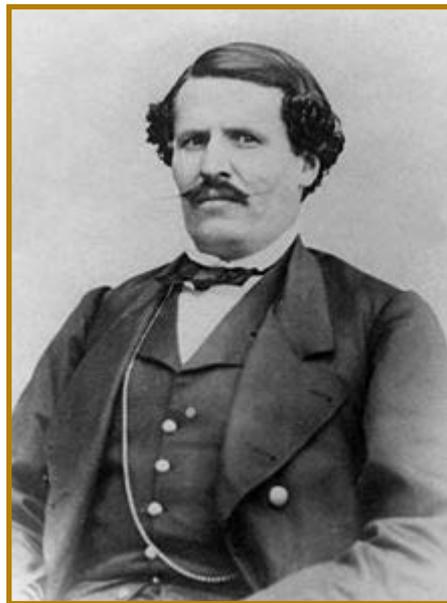
de fusil, cubrió la retirada por la garita de San Pedro entre las nueve y diez de la mañana. En aquella refriega, los liberales lamentaron la pérdida de dos mil hombres y los conservadores sumaron 300 muertos (Pérez Verdía, 1952, pág. 117).¹

Lo que parecía una victoria fácil para los liberales terminó en fracaso. Los propios conservadores estaban sorprendidos con su triunfo; previendo lo peor y tras ser herido por un casco de granada, Woll ordenó su traslado al consulado francés por la línea de S. Agustín, donde se sabía que estaría seguro después de que los liberales tomaran la plaza (lo que al final, como ya se vio, no ocurrió).

La victoria le sentó bien anímicamente a los conservadores y la terminó de coronar la aparición de Miramón al frente de un lúcido ejército de 6 mil soldados. Con este ejército se proponía iniciar una nueva ofensiva sobre el sur de Jalisco: en breve mandó fortificar la ciudad, de tal manera que pudieran maniobrar en su interior entre seis y siete mil hombres; acto seguido dispuso su salida, no sin antes nombrar gobernador y general en jefe al primer cuerpo del ejército, al general Severo Castillo (Cambre, La guerra de los tres años , 1949, pág. 382).

Captura del Obispo Pedro Espinoza

Sin ser del todo un desastre, la campaña sobre el sur de Jalisco no dio mayores dividendos a la causa conservadora. El 11 junio arribó Miramón a Sayula; el presidente creía que los liberales lo estarían esperando en las barracas pero ocurrió que Ogazón se había atrincherado, a ocho kilómetros, en las cuevas de Zapotlán. Superado en número (Ogazón disponía de 9 o 10 mil soldados), el Joven Macabeo decidió quedarse en Sayula sin intentar nada. Finalmente retornó para Guadalajara el día 21 (Pérez Verdía, 1952, pág. 120).

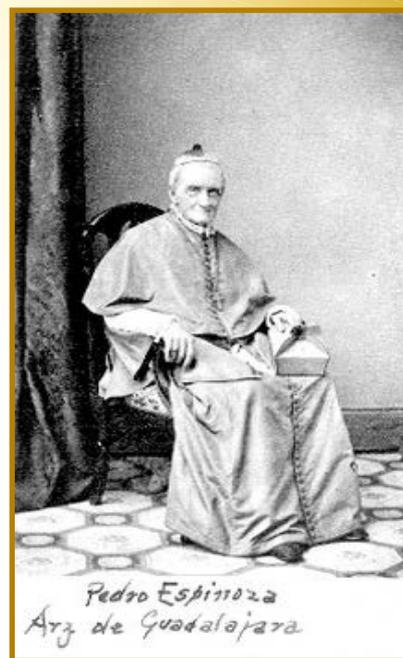


General Jesús González Ortega

1 Cambre difiere con estas cifras; en su computo: “las bajas de los conservadores, aparece del parte oficial del general Woll consistieron en ochenta y cuatro hombres muertos y sesenta heridos; y las pérdidas de los liberales pasaron de dos mil hombres entre muertos, heridos, prisioneros y dispersos; dos cañones en mal estado y cuatro obuses de montaña...” (Cambre, La guerra de los tres años , 1949, pág. 374).

En estos meses empezó el declive para la causa conservadora; el genio de Miramón y sus victorias no eran suficientes para cubrir todos los frentes donde las armas liberales triunfaban y ganaban terreno. El general José González Ortega derrotaba el día 15 de junio, en la Hacienda de Peñuelas, Aguascalientes, al general Silverio Ramírez; Animado por este triunfo, González Ortega y Berriozabal comenzaban una exitosa campaña para apoderarse del Bajío. El plan del general liberal consistía en reunir las fuerzas de Zacatecas con las de Aguascalientes, junto con las de Guanajuato, y en completo conjunto avanzar rumbo al Bajío. De tener éxito, la capital quedaría cercada por las fuerzas liberales (Cambre, La guerra de los tres años , 1949, pág. 386).

Era un hecho que después de la campaña de Veracruz; donde tantos hombres, dinero y recursos fueron dilapidados, el Ejército restaurador estaba sensiblemente debilitado y sin recursos. Para cuando Miramón retorna a Guadalajara ya no le aguardan arcos del triunfo, ni muchedumbres exaltadas y prestas a aclamar a su caudillo. El presidente general está desalentado y le confió su desasosiego al Obispo, a quien en tono de burla le dijo “vengo derrotado”. El enemigo tocaba a su puerta y nunca habían sido tantos: los tapatíos ya no se sentían seguros al abrigo del caudillo reaccionario y muchos, sobre todo los más comprometidos con la causa conservadora, pensaban seriamente en huir. Entre ellos, el propio Obispo Pedro Espinoza, acompañado del Dr. Arias y Cárdenas, y de dos familias más, partieron con rumbo a México; dejando,



Obispo Pedro Espinoza

como lo refiere Verdía, alojado al general presidente en el palacio episcopal. En el trayecto, el mitrado fue capturado, el 28 de junio, por la guerrilla del Gral. Carbajal:

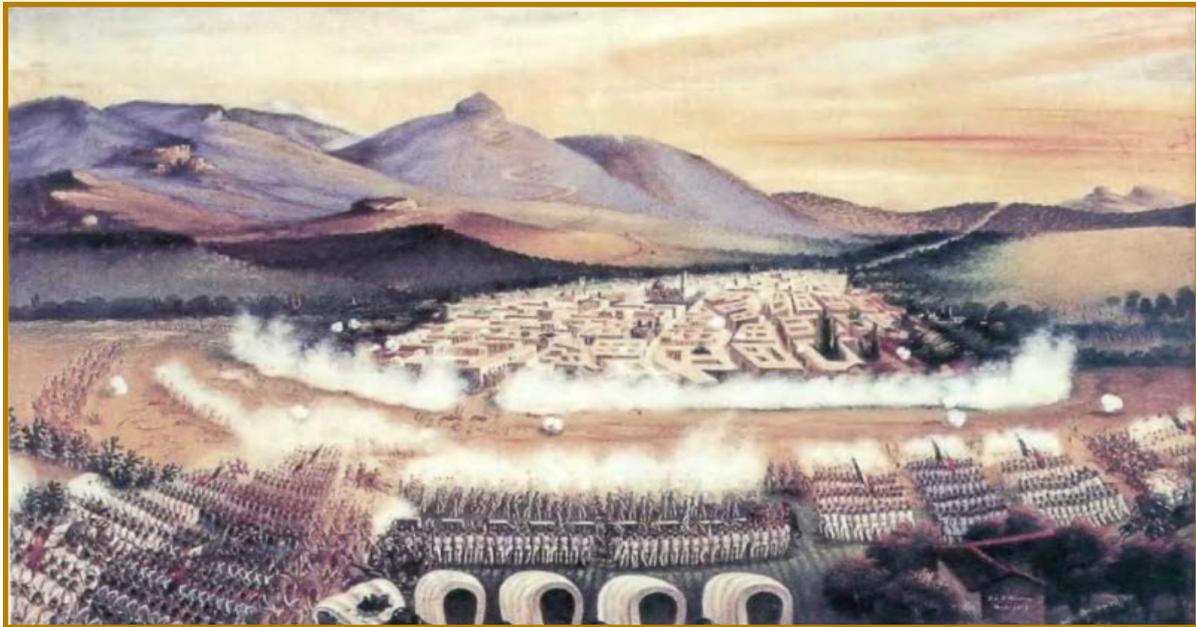
“...cuando caminaba de incógnito a caballo por las inmediaciones de Purísima del Rincón. Fue conducido a la Hacienda de Jalapa y se exigía por su rescate la suma de cien mil pesos y la libertad del general Uraga, a la vez que el Gobierno liberal de Jalisco, pedía que se le entregara para sujetarlo a juicio por conspiración.” (Pérez Verdía, 1952, pág. 121)

La decisión de Degollado de liberar al Obispo Espinoza prueba que no todos los liberales eran anticlericales; y de que no faltaba entre ellos algunos bastantes respetuosos de las jerarquías sacerdotales. Muchos constitucionalistas abogaron por la liberación del prelado, a la que sin duda

accedió; aunque no faltaron voces en su partido que solicitaban intercambiarlo por Uraga, o el presentarlo ante las autoridades

tapatías para ser sometido a juicio acusado de traición (Cambre, La guerra de los tres años , 1949, pág. 388).

El triunfo liberal de Silao



Batalla de Silao

Miramón se apostó en Lagos, amagado por González Ortega, Pueblita y Berriozábal en el sur de Jalisco. A pesar de que la victoria estaba de lado liberal, la inacción, el aguardar el próximo movimiento del enemigo, terminó por impacientarse a muchos: algunas brigadas, como la de Michoacán, estaban considerando ya el separarse. Para los meses de julio y agosto era casi obligado el realizar un movimiento de estrategia de cierta osadía para lograr imponerse al contrincante, o como lo explica Pérez Verdía:

“...o Castillo reforzaba a Miramón para dominar en el Bajío a los diversos grupos liberales, u Ogazón se unía a González Ortega para aplastar a aquel: Castillo estaba a sesenta leguas de sus correligionarios: Ogazón a cien: el primero no tenía obstáculos intermedios; el segundo necesitaba pasar por Guadalajara, ocupada con grandes elementos por aquél.” (Pérez Verdía, 1952, pág. 123)

En tales condiciones el más osado saldría triunfante y Ogazón lo consiguió. Dispuso que el General Zaragoza partiera con 3

mil hombres a unirse al general González Ortega; toda la fuerza del sur simuló un ataque sobre Guadalajara, posicionándose para el 1 de agosto en el pueblo de Santa Anita. A media noche, sin ser notados por el enemigo y con todo el sigilo del mundo, avanzó Zaragoza con sus hombres a siete kilómetros del enemigo; de allí partió con rumbo al camino nacional de México por Tateposco. Para cuando Castillo fue enterado de este movimiento, los liberales ya habían adelantado siete horas de camino: haciendo imposible alcanzarlos.

En lo estratégico, y con este desplazamiento de tropas, iba perdiendo Miramón; él, por fin, decidió salir de Lagos con rumbo León y en estas mudanzas logró evadirse Zuloaga. El Joven Macabeo notificó oficialmente, el 3 de agosto, al ministerio de guerra de la fuga y precisó que desconocía el paradero del general. Pero el presidente general tenía otras razones de más peso para estar preocupado: tenía que enfrentar a González Ortega, quien le llevaba la ventaja en números con la incorporación de las tropas de Zaragoza. En total, su adversario sumaba 8 mil contra 5 mil de los suyos. En esta ocasión su genio militar no lo sacó de apuros: el 10 de agosto de 1860, en Silao, se le propinó una severa derrota, despojándolo de casi toda su infantería y artillería.

Destitución de Degollado

Derrotado y sin un ejército que comandar, Miramón regresó a la capital del país. Ya que Zuloaga se le había escapado, necesitaba de

generales dispuestos a pelear por una causa ya casi perdida. Bajo este impulso, excarcela al general Leonardo Márquez: después de nueve meses de confinamiento le restituye sus derechos militares y lo deja en libertad para servir en el ejército regenerador. La acción, sin embargo, no era suficiente. Miramón necesitaba, sobre todo, nuevas tropas y para esto requería de dinero; dinero que podría tener el arzobispado.

Ratificado como presidente de la República, el joven general se presentó ante los mitrados y solicitó su socorro monetario. Pero resultó que las arcas obispales estaban vacías y sólo supieron responderle determinado mitrados: Lázaro Garza y Ballesteros, Clemente de Jesús Munguía, Joaquín Madrid, Pedro Espinosa y Pedro Bajara; los serviciales religiosos ordenaron despojar de sus alhajas a los templos y las mandaron fundir. Gracias a la acción, Miramón obtuvo el oro y la planta que tanto necesitaba para levantar un nuevo ejército. Pero a los generales conservadores les quedaba muy poco país bajo su dominio. Mientras el presidente se rearmaba, los conservadores había perdido también Oaxaca, Cuernavaca y otras plazas, mantenían el control solamente de México, Puebla, Guadalajara, Tepic y de otro pocos territorios (Pérez Verdía, 1952, pág. 124).

En cambio, González Ortega capitaneaba un numeroso ejército que había reforzado con prisioneros hechos al enemigo; se desplazó hasta Querétaro de donde partió por órdenes de Degollado con rumbo a Guadalajara. El plan era tomar primero esta plaza y después concentrarse en conquistar la capital de la República.

En el inter tendrá lugar un hecho desafortunado para la carrera militar de Santos Degollado. En ninguna guerra, ya lo hemos repetido, el dinero sobra; escaso de recursos, decide Doblado apoderarse, el 4 de septiembre, de una conducta que arribó a S. Luis, proveniente de Guanajuato y Zacatecas. Pretextando las mismas razones que Márquez en un hecho similar, el destino de este caudal era el Puerto de Tampico, a donde por cierto nunca llegó. Doblado enteró de sus acciones, el día 10, a Degollado; que entendió sus motivos y lejos de reprenderlos asumió, en su probidad, la responsabilidad de aquel hurto (Pérez Verdía, 1952, pág. 125). El “Héroe de las derrotas” no pudo consagrarse como general vencedor de la Guerra de los tres años; otro, no sin méritos, le usurpara la gloria: González Ortega, quien por órdenes de Juárez, giradas el día 10 de octubre, lo sustituyó en su cargo de jefe supremo del ejército constitucionalista, en represalia por la expropiación de la conducta.

El segundo sitio de Guadalajara

Dinero es dinero, provenga de acciones lícitas o ilícitas. Con parte de los caudales expropiados por Doblado, y con el aval de Degollado, pudo operar el ejército federal que tenía como misión la toma de Guadalajara. A fin de garantizar el éxito de la empresa, mandó Ogazón fundir morteros de gran calibre con sus respectivas bombas, se fabricaron proyectiles y municiones de toda clase en cantidades considerables en la Ferrería de Tula. Castillo esperaba el



General Severo Castillo

ataque y también tomaba sus providencias fortificando la ciudad, avituallándola y reclutando a cuando hombre pudiera cargar un fusil; elevando sus fuerzas a siete mil combatientes y cincuenta piezas de artillería (Cambre, La guerra de los tres años, 1949, pág. 406).

A fin de obstaculizar el avance liberal, Miramón ordenó a Castillo atrincherarse en el puente de Tololotlán. La orden fue interceptada por los rumbos de Juan del Río, por gente de Degollado; quien de inmediato advirtió a Ogazón, mandándole anticiparse y tomar el puente. Ogazón se movilizó a marchas forzadas de Sta. Ana a Acatlán, pero Castillo se le había adelantado y lo esperaba.

“Ese mismo 20 septiembre se presentó González Ortega con sus ayudantes y una escolta de caballería de Aramberry a hacer un reconocimiento y por la tarde hubo sólo un tiroteo de avanzada, más al saber Castillo que Ogazón iba por su retaguardia y estaba ya a corta distancia, se retiró inmediatamente para Guadalajara...” (Pérez Verdía, 1952, pág. 126)

Como era ya común en las grandes y decisivas batallas de la Reforma, antes del combate, las partes en conflicto intentaban parlamentar antes buscando llegar a algún acuerdo por la vía pacífica; y así ocurrió; por invitación de González Ortega, atacantes y defensores conferenciaron en Quinta Velarte. Las condiciones de Castillo fueron la reforma de la Constitución y el desconocimiento de Juárez. Al aceptar los términos del acuerdo, demostraba González su poca lealtad al presidente liberal y a su régimen. El problema estuvo en transcribir el acuerdo en un estatuto que, al final, fue rechazado por los conservadores.



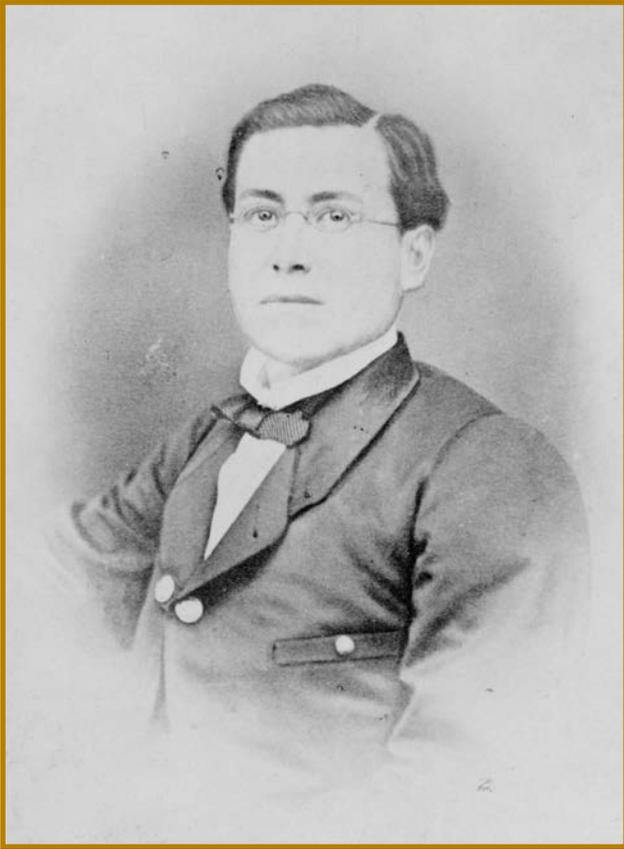
Hospicio Cabañas

Finalizadas las negociaciones comenzó el ataque el 26 de septiembre y los liberales establecieron su cuartel general en el Hospicio Cabañas.

Para salvar a los civiles de los estragos que ocasionarían los combates, se pactó el 2 de octubre de 1860, un armisticio para permitir la huida de muchas familias tapatías que, por su número, no terminarían de salir cuando el plazo concluyó y el fuego de artillería se reanudó, resultando muchas de ellas, literalmente, cañoneadas.

La labor de zapa de las fuerzas liberales, comandadas por el general Ignacio Zaragoza fue incansable; para el asalto final, manzanas completas fueron horadadas con el fin de crear caminos cubiertos para conducir la artillería al teatro de los combates. Los conservadores, por su parte, abrían zanjas y trincheras en las calles, y se parapetaban en templos y conventos esperando el ataque de los sitiadores. Ninguno de los dos ejércitos estaba en óptimas condiciones. Las filas conservadores resentían la falta de alimentos; en las liberales, la fiebre del tifo ya había mandado a la cama a 200 hombres, incluyendo al general Jesús González Ortega, quien fue sustituido por el general Zaragoza.

La situación del general conservador Severo del Castillo, sin duda, era más desesperada que la de Zaragoza: contaba con tan sólo siete mil soldados para defender la ciudad de los 20 mil de su adversario. Cifraba su única esperanza en Leonardo Márquez, quien junto con Tomás Mejía y Francisco Vélez, habían salido de México, el diez, a auxiliar a los sitiados con un ejército



General Ignacio Zaragoza

de tres mil infantes, mil 300 dragones y 18 piezas de artillería. Este ejército avanzaba con celeridad y su proximidad representaba una amenaza para los liberales que sitiaban Guadalajara. Para detener a Márquez, Zaragoza mandó a dos mil jinetes al mando de Huerta y Rojas, y a las tropas de Felipe B. Berriozábal a hostilizarle.

Para no dar oportunidad a que llegaran los refuerzos conservadores dispuso que el ataque se iniciara lo antes posible. El 27 octubre, la artillería liberal bombardeaba las principales posiciones conservadoras: Santo Domingo, El Carmen y San Francisco. El 29, los ejércitos de Zaragoza se abalanzaban con furia sobre estas y otras fortificaciones.

El general Antillón, con los soldados de Guanajuato, fue el primero en presentarse a combatir. Atacó San Francisco y aunque el fuego de fusil de los defensores le ocasionó numerosas bajas logró apoderarse del templo. Animados por esta primera victoria, los liberales arremetieron contra el templo de Santa María del Carmen; donde el general Fernández, con el Batallón Fijo de Guadalajara detuvo a fuego de fusil el avance de los Cazadores de la Reforma y el de los soldados de Michoacán.

En otros escenarios, mientras los defensores del convento de Santo Domingo perdían poco a poco terreno ante las embestidas de las fuerzas liberales, dos batallones de línea, junto con los Defensores de Jalisco y Morelos, avanzaban sobre El Carmen; donde los esperaba Remigio Tovar y una fuerte, y bien atrincherada, tropa reaccionaria. Se luchó en cada pasillo del convento a bayoneta calada; las granadas estallaron sobre los parapetos y de las azoteas los fusileros descargaron el fuego de sus armas.

Dieron las once de la noche; la ciudad estaba en ruinas y los soldados exhaustos. Los reaccionarios aún conservaban dos posiciones: la iglesia de Santo Domingo, donde se sostenía el general Castillo, y el convento de El Carmen, defendido con bravura por Tovar. Considerando que su ejército no soportaría un segundo ataque, Castillo pidió un armisticio y envió a los generales a conferenciar con Manuel Doblado las condiciones para entregar la plaza. Márquez jamás pudo prestarles auxilio a los sitiados; antes huyó con Mejía,

Vélez y otros oficiales, al verse atacado por Zaragoza.

El 3 de noviembre, Guadalajara es ocupada por el general liberal Ogazón, quien estableció su gobierno en el obispado. Castillo, por su parte, salió con rumbo a Tepic en compañía de Adrián Woll con

parte de su ejército. Así concluyó una de las batallas más heroicas, pero también más sangrientas de la Guerra de Reforma. Con esta vitoria liberal concluía para Jalisco un importante capítulo de este periodo histórico, pero uno nuevo estaba por escribirse: la Intervención francesa.

Bibliografía

CAMBRE, M. (1949). *La guerra de los tres años* . México : Gobierno de Jalisco.

FUENTES MARES, J. (1978). *Miramón, el Hombre*. México: Editorial Joaquín Mortiz .

ISLAS GARCÍA , L. (1989). *Miramón Caballero del Infortunio*. México : Jus.

PÉREZ VERDÍA, L. (1952). *Historia del Estado de Jalisco*. México: Gráfica.

Directorio





**Secretaría General
de Gobierno**
GOBIERNO DE JALISCO